

El acosador acosado

Un empujón brusco le tiró al suelo frío del recreo. Sorprendido, cayó de bruces, sin tan siquiera poner las manos. Se golpeó la cara y, del fuerte impacto sufrido, un incisivo saltó y se perdió entre la grava. Su sonrisa nunca más le embellecería, tendría que aprender a disimularla. Sus rodillas peladas sangraban sin detenerse. Tan solo una caricia, breve, concisa, amiga, podría aliviarle. Pero en lugar de sentirla en cualquier lugar de su cuerpo menudo y magullado, escuchó burlas de sus compañeros de clase. Se sintió más pequeño de lo que realmente era en la inmensidad de aquel patio, donde ningún profesor parecía haberse dado cuenta de la agresión. O quizás, miraban hacia otro lado porque él no valía nada. Nada.

Completamente indefenso un zumbido le despertó. Estaba húmedo a su alrededor. Otra vez había mojado la cama. Llevaba días con esas pesadillas recurrentes en donde intentaba evitar su significado. En sueños, estaba probando su propia medicina que le dejaba ese mal gusto, áspero, amargo, en la boca. Él era el cabecilla de la clase. ¿Qué pensarían sus amigos si de pronto le tendía la mano a Jesús? Pensarían que se había vuelto loco y le rechazarían pues Jesús era un don nadie. Y en medio de su cuarto de niño, que tenía cualquier capricho que podía desear, anheló tener coraje para interrumpir el acoso que le propinaba diariamente. Como sabía que no tendría valor para ello, dio un puntapié contra la papelera que rebotó contra la pared mientras la rabia le recorría su alma. En su fuero interno, deseaba más que nunca que la mano de Jesús le apretara la suya, porque se sentía un cobarde. Porque huía, sin comprenderlo, de la amistad noble que le podría brindar Jesús mientras su corazón latía aceleradamente de confusión. Si era amor lo que finalmente sentía, ¿por qué le hacía la vida imposible?